

preguntar ella. Veinte mil, respondió él. De los verdes, dijo ella. ¿Quién piensa en córdobas?, dijo él. Ya sé, dijo ella, no me ibas a vender en moneda nacional.

Vos bien sabés que es la primera vez que yo hago esto, dijo él, y suspiró hondamente. Bueno, se supone que sí, que tengo que saberlo, dijo ella. Y quiero que sepás también que jamás voy a volverlo a hacer, dijo él. Una excepción, dijo ella. Digamos que es una emergencia justificada, dijo él. Qué divertido que te veo, dijo ella. ¿Qué cosa es divertida?, preguntó él. Que estés buscando como dorarme la píldora a mí, si vos y yo somos almas gemelas. «Dos almas que en el mundo había unido Dios», canturreó él. Peor que eso, somos almas siamesas, dijo ella. Peor que si cogiéramos, ya dijiste, dijo él. Sí, dijo ella, pero además, en ese sentido de la cama no sos mi tipo.

¿Entonces?, dijo él. ¿Entonces qué?, dijo ella. Entonces puedo aceptar el negocio, dijo él. Mirá, dijo ella, no soy tu enemiga, la prueba está en que acepté esta invitación, estoy aquí frente a vos, hasta me vine sin tiempo siquiera de pintarme los labios, siguiéndote la carrera. A veces parece como si lo fueras, dijo él. ¿Qué?, dijo ella. Mi enemiga, dijo él. Quiero ayudarte, eso es todo, dijo ella.

Él dio un trago largo sin quitarle la vista. Vos sabés que mi sueldo es una mierda, dijo. Y nunca te promovieron a magistrado de apelaciones, dijo ella. Qué me van a promover, no soy servil, dijo él. Y pasás necesidades, yo lo sé, dijo ella. Cada vez es peor, dijo él, tengo que sacar a mis hijos de la UAM, trasladarlos a una universidad pública, no es justo, ellos no tienen la culpa. Y las tarjetas de crédito, dijo ella, las tenés reventadas. Y vos sabés que las medicinas de mi mujer cuestan una fortuna, dijo él. Las medicinas para el mal de Parkinson, sí, dijo ella. Por eso te pido que veamos esto como una emergencia, dijo él.

Trajeron otras dos cervezas. Todo eso lo sé, y te comprendo, dijo ella tras servirse, pero también me tenés que comprender a mí. ¿Qué es lo que tengo que comprender?, preguntó él, medio divertido. Yo tengo mis escrúpulos, dijo ella. Él se rió ahora abiertamente. ¿Escrúpulos de qué?, preguntó, ¿escrúpulos de conciencia? Ese narco que vas a poner libre, una vez en la calle, no vuelve a aparecer nunca, dijo ella. ¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?, dijo él.

Ella calló, y bajo la cabeza. ¿Entonces?, dijo él. Entonces nada, dijo ella, si vas a dar el paso, no te andés con temblores. Ya te prometí que es sólo por esta vez, dijo él. A mí no me andés haciendo esa clase de promesas, dijo ella, enfurecida. ¿Vos creés acaso que me estoy prostituyendo?, preguntó él, lleno de pronto de una tristeza que lo desamparaba hasta el frío, tanto que acunó los brazos. Ella le alcanzó la mano y se la apretó con cariño. Nadie se está prostituyendo, dijo ella.

¿De qué sirve pasarse la vida entera siendo honrado?, dijo él, nadie te lo agradece. Es cierto dijo ella, sonriendo apenas, si te morís de hambre ya no te sirvo nada. Ya ves, dijo él, hablando se entiende la gente. Y, además, yo misma ando escasa de fondos, dijo ella. Lo que querrás, de mi parte, lo que querrás, dijo él, e hizo ademán de tocarse los bolsillos. Es el colmo que me tengas que comprar a mí misma, a tu propia conciencia, dijo ella, sonriendo más abiertamente. Pues de mi parte tenés a la orden la cuota del gimnasio para tus aeróbicos, y la cirugía facial, cuando necesités otra, dijo él. Nunca he necesitado ninguna, respingó ella. Es una broma, niña, dijo él. A lo mejor un viaje a Miami sí necesito, para comprar ropa, dijo ella.

Él llamó para pedir la cuenta. En la mesa había ya cuatro botellas de cerveza de cada lado. Los platitos con sal y limón eran cuatro también. Te agradezco en el alma, dijo él, has hecho bien tu papel. Ella alzó las cejas y dijo: no te entiendo. Tu papel de recriminarme, hacer que me odie por lo que voy a hacer, dijo él. ¿Creés que ha sido sólo un papel, que no soy sincera con vos?, dijo ella, con la voz herida. No es eso, dijo él, cuando digo papel, quiero decir que has cumplido con tu obligación. Ya te dije, enemiga tuya no soy, dijo ella, y, además, tu caso no es el único, conozco varios. Yo creí que solo te ocupabas de mí, bromeó él. Una se de cuenta, dijo ella, Managua es un mundo chiquito.

¿Qué casos?, preguntó él, con vivo interés, mientras sacaba la cartera para pagar. Te veo deseoso de consuelo en el ejemplo ajeno, dijo ella. Bueno, mal de muchos, consuelo de pendejos, dijo él. El mesero le entregó, al recibir el pago, una papeleta de propaganda para el show de esa noche. Iba a ser una noche de boleros románticos, con Keila Rodríguez de vocalista, y Frank en la guitarra. Conozco a otros como vos, que han hecho lo mismo, o

cosas peores, dijo ella. ¿Cosas peores como cuales?, preguntó él, y contó treinta córdobas de propina.

Ella lo miró, risueña, como si lo examinara hueso por hueso. ¿Qué te parece violar a la propia hija, y después quedarse de amante con ella por años?, dijo ella. Sí, eso parece peor, tenés razón, dijo él. ¿Y qué te parece falsificar la firma de tu propia madre, vender sus propiedades, y dejarla en la calle? También es horrible, dijo él. Vos conocés esos casos, con nombres y apellidos, sabés que no estoy inventando, dijo ella. Tenés razón, dijo él, son cosas que se saben. Me alegra que entendás entonces que hay cosas peores, así me quedo tranquila, dijo ella. Y así yo también puedo dormir tranquilo, sabiendo que vos estás tranquila, dijo él. ¿Pedimos dos más?, propuso ella. Ya pagué la cuenta, dijo él. ¿Y eso que importa?, respondió ella, hay motivo para celebrar. No debería, respondió él, demasiadas calorías, y además, la acidez que se me sube, pero bueno.

Trajeron la nueva tanda, con nuevos vasos escarchados, sacados del congelador. Ella se volvía vieja, hay que reconocerlo, a pesar de la apariencia juvenil sostenida con los ejercicios Pilates. Tenía los mismos ojos claros y vivaces de cuando se habían conocido, las cejas tupidas que se juntaban encima del caballete de la nariz respingada, los mismos labios carnosos, un rostro restirado de adolescente pícara que enmascaraba con ventaja el paso de los años. Pero estaban las patas de gallo que empezaban a resquebrajar la piel al lado de los ojos, la leve sombra oscura que empezaba a embolsar los párpados inferiores, qué Pilates ni qué Pilates. A lo mejor iba a necesitar la cirugía facial. En ese sentido, la oferta económica que él le había hecho no le iba a venir mal.

La gente comenzaba a entrar al bar. En la mesa de al lado se sentó una pareja de empleados de banco; uno, rapado con navaja, se deshacía de la corbata amarilla canario con alivio, como si se tratara de una sogá; la otra, de doble rabadilla, tallada dentro del uniforme gris, llevaba al cuello un pañuelo colorido. Las demás iban siendo ocupadas por agentes de seguros, vendedores de carros, corredores de bienes raíces, empleadas de agencias de viaje. El rumor de voces, alegre y despreocupado, crecía entre el arrastrar de las sillas.

—Salud entonces —dijo él, alzando el vaso.

—Salud, dijo ella, y alzando el suyo le sonrió con ternura ©